

de mi conversion; leyóla y volvióla à leer y siempre fué derramando lágrimas.

“Ofrecile que haria para su uso, un análisis de las principales pruebas de la religion cristiana, y habiéndome contestado que le daria mucho gusto verlo, dí principio á la obra. Este opúsculo produjo felicísimos efectos, gracias al Maestro supremo de las inteligencias y de los corazones. El mismo amigo me instó á que lo publicase.

“Permita el cielo que sea útil á aquellos de entre mis lectores que, por no hacer un maduro exámen, se han apartado de la religion ó están atormentados de una duda destrozadora! Hallándome ya próximo al término en que todo, menos la verdad, desaparece para el hombre; en una edad en que la fascinacion de los sentidos se disipa, y el tumulto de las pasiones se calma, acaso tengo algun derecho á que me escuchen aquellos á quienes deseo enseñar el camino de la verdadera filosofía, de la felicidad verdadera.

—  
VEUILLOT.

Un viaje hecho á Roma en compañía de varios amigos cristianos, fué la causa de que volviere á la fe católica esa alma selecta, que, des-

pués de haber estado sometida á la trise influencia de su siglo, ha consagrado toda su existencia á la defensa de la verdad. Hemos extraido, los pasajes que presentamos á nuestros lectores, de la excelente obra intitulada: *Roma y el Loreto*

“A nada me decidia yo sin embargo! De día en día, de hora en hora lo iba diferiendo, y habia trasecurrido mas de un mes que habia empleado en iluminar mis ideas, en disipar las tinieblas de mi ignorancia, en resolver mis dudas, en pulverizar mis objeciones; y á pesar de esto, ¡estraña y terrible circunstancia! en la incertidumbre de mi voluntad no se operaba cambio alguno. La conviccion de la existencia de Dios habíame conducido á las convicciones del catolicismo. No batallaba yo sobre los dogmas, porque nada presentaban á mi ánimo que no fuese fácil de admitirse; y cuando encontraba algo que no era para mí completamente claro, siquiera concebía que era porque no podía comprenderlo. Dios, sin duda, habia querido concederme esta gracia en atencion á la buena fe con que obraba. Tampoco discutía, fácil es de creerse, sobre la necesidad de decidirme de una vez á encajarme hácia Dios. Empero mientras mas débiles se volvian los vínculos que me detavieran menos me atrevia á confesarlo y mas miedo me daba contemplarlos. El pecado estaba domiciliado en mi alma, y defendía su posicion sugiriéndome mil artificios y mil demoras. Deseaba yo sin duda su derrota, pero te-

mia tanto como él que llegase el instante en que hubiera de quedar vencido.

Era impotente mi razon, mis mejores deseos abortaban, veíase despreciada la gracia y el temor mismo no conseguia hacerme mover á pesar de herirme con sus mas ardientes agujones. No me era posible vencer sino con el auxilio del sacramento de la penitencia, y el demonio, que reinaba en mí, me inspiraba hácia la confesion un terror invencible.

¡Pues qué! decíame yo para mí mismo, ¡iréme á arrodillar á los piés de un sacerdote, iré á descubrir ante sus ojos todos los actos de mi vida y á mostrarme á él, no cual mis amigos me conocen, sino cual verdaderamente soy! ¡iré á despojar de su manto de hipocresía tantas obras de hermosa apariencia, pero en realidad detestables por medio de las cuales he engañado á los demas captándome su aprecio! ¡y para qué todo eso! para contraer después el compromiso, con el cual no me será dable cumplir acaso, de abandonar costumbres que son las de mi vida, de vencer instintos que siempre me vencieron, y de no andar ya en pos de mil objetos que me es fácil menospreciar sin duda, pero que es imposible ¡ay de mí! que no ame. . . .

“Gustavo seguia con una cariñosa inquietud mis combates internos; esa ciencia del corazon humano que á todo cristiano hace adquirir el vigilante exámen que de su propio corazon sin cesar hace, permitiale descubrir las renacientes peripecias del mio, inspirábale la caridad que

hiciese uso, para conmigo, de sus derechos de antiguo amigo para ofrecerme discretamente los consejos que mi soberbia y mi confusion se oponian á que pidiese. Unas cuantas palabras de él bastaban para que desease desahogar el torrente de mis angustias; y ciertamente poco trabajo habria costado para que hubiese hecho aquella revelacion que tanto terror me causaba ir á confiar á un confesor. ¡Tan cierto así es que existe una necesidad natural é imperiosa de acusarse y gemir, de arrojar del alma ese peso de iniquidades que la oprime, á fin de que en ella quede amplio lugar para los sentimientos nobles y grandiosos! Pero Gustavo me decia: “No es á mí á quien debes referir tu vida; Dios no te pide que hagas estas revelaciones sino á aquellos que tienen la facultad de absolverte; en cuanto á mí, lo mas que podria hacer seria compadecerte, y aun acaso correria el riesgo de llegar á apreciarte menos. El demonio es el que nos sugiere el deseo de hacer esas confidencias, porque de ellas espera obtener una doble ventaja; tanto por el escándalo que de ellas puede resultar, como por la funesta costumbre que de ese modo se contrae de hablar de sus culpas sin lavarlas y sin sentir arrepentimiento; al mismo tiempo sabe inspirarnos horror hácia la confesion, porque la confesion, va acompañada de celestiales gracias suficientemente abundantes para que podamos triunfar de él. ¡No comprendes eso? Explicame, pues, de otro modo esa extraña pro-

pension tuya à revelar tus secretos á un hombre que puede venderlos mas bien que á un sacerdote que debe llevárselos al sepulcro, y que, probablemente ha oido muchos infinitamente mas espantosos, supuesto que otros de mas edad y mas pecadores que tú se han convertido y han alcanzado el perdon de sus culpas.

“Créeme, toma á Dios en tu axilio; pon esa fuerte guarnicion en tu alma cercada de tantos enemigos que están furiosos porque ya no pueden penetrar á ella sin obstáculo. Infinitos ensayos has hecho para obtener tranquilidad y triunfar de tí mismo, y todo ha sido en vano; pero no has hecho prueba de los medios que la religion te presenta; sírvete de ellos. Hace 1800 años pue producen buenos resultados en el mundo, y fueron de grande utilidad para mí mismo; porque en esa tu continua tristeza estoy leyendo una página de mi historia. Serán omnipotentes para tí, como para todo hombre de buena voluntad siempre lo fueron. *¡Paz á los hombres de buena voluntad!* esto era en la noche de Belén lo que los ángeles cantaban.

“Por lo que hace á tu perseverancia no te inquietes; ademas de un milagro que espera la gracia, y que no podrás comprender bien sino cuando en tí se haya consumado, la Iglesia sabe retener á sus hijos en su seno cuando una vez se han arrojado entre sus brazos. Por medio de una multitud de prácticas, llenas de confianza y de dulzura que nos enseña, que multi-

tiplica, y á cada una de las cuales agrega algun nuevo favor que nos robustece, contraemos tan grata costumbre de conservar el pensamiento del cielo y de cumplir con nuestros deberes, que en breve no creemos ya que nos sea posible olvidarlos. Vivirás todos los dias bajo la proteccion de las preces que por la mañana hubieres proferido; te dormirás bajo las alas de tu ángel bueno en todos los actos de tu vida; una palabra, el mas leve objeto, la cosa mas insignificante, bastarán para que se susciten en tí sentimientos de confianza, de amor y de arrepentimiento que Dios tornará á su cuidado hacer que fructifiquen; atenderás á sus promesas y á sus amenazas, que son santas tambien y saluíficas, y te levantará si cayeres. De esto que te estoy diciendo estoy seguro; Dios lo ha hecho, no una vez, sino cien y aun mil veces al dia por mí mismo; y ante su amor no eres tú de un precio mas bajo. Esto no lo puedes saber tú, es cierto, como yo; todavia no están tus ojos maravillados y deslumbrados con esos incesantes portentos, porque Dios da el adorable espectáculo de ellos al precio de un acto de fe y de obediencia que todavia estás empeñado tú en rehusarle; permaneces al pié de un muro que te oculta las maravillas del Edén y sus frutos. Traspasa ese muro como lo han traspasado tantos otros, y verás tú del mismo modo que han visto ellos, del mismo modo que yo veo....”

No podia yo contestar á esto, ni tampoco queria moverme. Pedia tiempo; decia que no

sabia esto ó aquello que pretendia que era de necesidad que aprendiese; no me sentia tan atribulado ni tan infeliz como se creia, ni tenia tanta prisa de entrar por la senda; ademas, no operaba Dios en mi favor este milagro; hasta entonces Dios habia tenido paciencia conmigo, sin duda todavía tendria alguna espera. — “¿Estás hoy mas adelantado que ayer? proseguia diciendo Gustavo. ¿Si supieras cuando ha llegado la hora, lo que siente uno en no haberla violentado cuanto podia, en lugar de haberla estado obstinamente diferiendo! Reflexiona en que se aumenta cada dia el número de esas culpas cuya muchedumbre te amedrenta ya hasta el estremo de pensar si no las confesarás nunca. Lo que no sabes hoy en tu vida habrás de saberlo; quizás te olvidarás en las tinieblas de tu endurecimiento, de que eres pecador, y de que Dios te ha dado un derecho al perdon valiéndote de su ternura. Porque Dios te ha concedido espera juzgas que continuará concediéndotela; pero el tiempo que debes pasar sobre la tierra está medido, su límite es irrevocable y esta noche tal vez vas á estinguirte. No vayas á decir que eres joven, que no has salido aún de tu edad florida, y que quieres disfrutar de tu hermosa primavera; ni tú ni yo podemos saber si no llevarás á los ojos de Dios los signos de una edad avanzada; si mañana has de morir debes considerarte anciano.

Estábamos en dias de Pascuas. A fin de solemnizar, como conviene á los hijos de Dios y

de la Iglesia católica, esta festividad gloriosísima, esforzábanse mis amigos en aumentar su natural piedad, y aumentaban en efecto su vigilancia para consigo mismos y en oraciones por intencion mia. Algun motivo religioso presidia á todas las visitas que hacian en Roma, á las cuales constantemente les acompañaba; la fe y el amor hácia Dios inspiraban sus conversaciones; permanecian mas tiempo que antes prosternados ante los altares, y sentíame yo mas atribulado é inquieto que nunca, y mas que nunca irresoluto. Siempre estaba en espera de aquellas cartas que no llegaban, imaginábame que desde mi salida habrian acaecido algunas catástrofes, y que acaso con esto empezaria Dios á castigarme, ó simplemente figurábame que, olvidado de aquellos de quienes me juzgaba amado, se me iba á demostrar otra vez, lo que ya tantas otras se me demostrara, es decir, la falsía de todos los efectos.

Envidiaba la felicidad de que aquellos mis cristianos amigos disfrutaban, amándose entre sí con una amistad santa y estable, amando siempre á Dios sobre todas las cosas y viviendo continuamente en la certidumbre de su amor.

Un dia domingo propuso uno de ellos santificar la tarde con una lectura piadosa; convinieron todos en ello y yo tambien acepté de muy buena gana. Adolfo habia sacado de Paris algunos volúmenes que contenian la *Cuaresma* de Bourdaloue; leyó los título de varios sermones;

uno preferia este, el otro aquel. Conviniéron en que se atendrian al de la época en la cual estabamos; entrabamos en semana santa.

Aunque no soy yo nada hábil en el arte precioso de la lectura en alta voz, ya por vanidad, ya por el deseo de complacer á mis amigos me habia ofrecido por lector. Presentóme pues el libro Adolfo, abierto en el sermón correspondiente al lúnes de la semana; intitulábase: "*Sobre la tardanza en la penitencia.*" Al principio no puse cuidado en este título, que sorprendió á mis compañeros como me lo confesaron mas adelante, y que les hizo fijar su atencion juzgando que aquel era un solemne aviso que el Señor me iba á dar en presencia de ellos. Por lo que hace á mi, positivamente no pensaba mas que en leer lo mejor que pudiera, á aquellos cristianos, un discurso que, por su naturaleza, mas que á mí les interesaria.

Nada conocia yo de Bourdaloue, pero aprendí pronto á conocerle. Sabido es como este gran predicador procede: establece y divide, en unas cuantas líneas de una claridad admirable, el asunto de su discurso; y apoderándose inmediatamente del ánimo de sus oyentes, les hiere como con un golpe de maza con el conjunto de las severas á irresistibles doctrinas que en seguida va á desarrollarles; después camina, se adelanta con tranquilidad pero sin consideracion á nadie, sube como las caudalosas aguas cubriendo en toda su estension el espacio que se ha señalado, va destruyendo una tras otra

todas las objeciones, pasa de los mas fútiles á los mas fuertes y las sumerge todas en su poderoso torrente de lógica incesantemente robustecida con el vigor inmenso de la fe y con la ciencia de la doctrina que es la verdadera ciencia de Dios. No emplea sino pocas figuras, ningunas flores oratorias: no piensa en conmovér y se desdeña de seducir; pero se expresa con una claridad que ningun subterfugio permite, tiene un raciocinio que se eleva sin esfuerzo alguno á todas las alturas, y posee un impasible certidumbre de la evidencia que arroja á cuanto se le opone á la esfera de la contradiccion y de la locura. Ahora bien, encontrábame yo luchando con este durísimo adversario en el último terreno que me habia quedado por refugio. Cada palabra que yo leia caia directamente sobre mi ánimo, pulverizaba mis prestestos, ponía en claro mis artificios, me convencian de mi desatino y proclamaba mi locura, ó mejor dicho ya no leia sino que escuchaba con una especie de espanto y estupor mi propia voz que me parecia no ser la mia, y que, revelándome en presencia de mis amigos todos mis miserables pensamientos, me cubrian de confusion y de vergüenza. Temblaba yo, tartamudeaba, sentíame sonrojado y se llenaba de sudor mi frente; tan pronto queria dejar á un lado el libro y retirarme, tan pronto queria interrumpir lo que leia y confesar que estaba vencido que hacia solemne protesta de que no seguiria ya resistiéndome á razones cuya fuerza me dejaba absolutamente sin

disculpa, tan pronto sentía que me querían brotar las lágrimas, y continuaba por entre aquella tormenta de sentimientos encontrados, leyendo aquel sermón, aquella admonición á la vez paternal y terrible en que las amenazas de muerte figuraban al lado de las seguridades de salvación mas consoladoras, si mi deseo era el de salvarme, y que me hacían tan visiblemente conocer que en efecto, en la posición en que Dios me había puesto, tenía yo mismo, en mis propias manos, el don de la gracia ó la sentencia de mi condenación.

Todo lo que se me tenía dicho, cuanto yo á mí mismo me decía y cuanto temía confesarme, repetíamelo Bourdaloue á voz en cello, con la suprema autoridad de la santa Escritura, con la de los santos Padres, con la de su propio ingenio, y esto por medio de palabras que penetraban como puñales candentes hasta lo mas recóndito de mi conciencia: “Hoy vengo á decirlos, clamaba aquel predicador, lo que el ángel dijo en la cárcel á San Pedro: *Surgite velociter: levantaos sin tardanza*. Bien sé yo cual es la ilusión que os seduce y por medio de qué pretextos os engaña la pasión y á la vez de vosotros se burla. Para calmar los interiores remordimientos de vuestra alma no hacéis total renuncia de al penitencia sino que simplemente la diferís; no decís: “Yo no me convertiré nunca, porque esa desesperación horroriza; sino que decís. “No me convertiré todavía tan pronto;” pecéis yo quiero haceros ver cuales son las desgracia-

das consecuencias de esa demora y el peligro horrendo á que os expone. . . .

Nada, hermanos míos, hay cierto en lo futuro, sino su misma incertidumbre. Nada hay cierto en él sino que en él nos veremos sorprendidos; porque nos lo ha dicho el Salvador del mundo en términos expresos: *Qua hora non putatis*. Después de un palabra tan terminante, pero tan terrible, ¡habré de agregar todavía al desorden de mi pecado, los desórdenes de la temeridad mas insensata, diferenciando incensantemente mi conversión, pidiendo que hasta el siguiente día se me conceda tregua, *Inducias usque mane?* ¿Y para qué pedimos esa tregua que puede no llegar á ser, si la obtenemos, mas que una afectada continuación de iniquidades, y si no la alcanzamos, mas que la causa de una final impenitencia? ¿Por qué he de esperar ostinadamente al día siguiente, contraviendo al oráculo de la sabiduría que me lo prohíbe diciéndome: *Ne glorieris in crastinum?* ¿Puedo acaso ignorar que esa demora ha sido la perdición de innumerables almas, y que el infierno está lleno de réprobos á quienes esa espera ha impelido á la última desgracia? ¿Lisonjeábanse de que se les esperaría hasta el día siguiente, y no hubo para ellos ese día; habían hecho pacto con la muerte, segun la expresión del sagrado texto, y no cumplió con él la muerte. ¿Será creíble que cambie de naturaleza para conmigo, y siendo tan infiel para con todos los demás hombres seré yo el único que tenga derecho á